

HOWARD

JACOBSON EN LA
EXTRA

ORDINARIA

NATURALEZA

DE SAM
FINKLER

TRADUCCIÓN DE SANTIAGO
DEL REY

● ● ●
miscelánea



ganadora del
MAN BOOKER
PRIZE 2010

HOWARD JACOBSON

LA EXTRAORDINARIA
NATURALEZA
DE SAM FINKLER

Traducción de
Santiago del Rey

m...
miscelánea

Título original:
The Finkler Question

Copyright © 2010 by Howard Jacobson

Primera edición: marzo de 2011

© de la traducción: Santiago del Rey

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.
Marquès de l'Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona
www.miscelaneaeditores.com
info@miscelaneaeditores.com

Impreso por Brosnac, S. L.
Carretera Villaviciosa - Móstoles, km 1
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-937228-9-0
Depósito legal: M. 3.482-2011

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

A la memoria de tres queridos
amigos, pródigos en risas:

Terry Collits (1940-2009)

Tony Errington (1944-2009)

Graham Rees (1944-2009)

*¿Quién hará prorrumpir ahora
en carcajadas a toda la mesa?*

PRIMERA PARTE

UNO

1

Debería haberlo visto venir.

Su vida había consistido en un percance tras otro; debería haber estado preparado para este.

Él veía venir cosas continuamente. No difusas premoniciones antes o después de dormir, sino peligros reales y bien presentes a la luz del día: farolas y árboles que se desplomaban sobre él astillándole las espinillas; coches embalados que perdían el control e invadían la acera, dejándolo convertido en un amasijo de tejidos desgarrados y huesos aplastados; objetos punzantes que caían de los andamios y le abrían el cráneo.

Las mujeres eran lo peor. Cuando una mujer del tipo que Julian Treslove encontraba hermosa se cruzaba en su camino no era su cuerpo el que acusaba el golpe, sino su mente. Ella hacía añicos su tranquilidad.

Cierto: él no conocía la tranquilidad, pero ella hacía añicos cualquier tranquilidad esperable en el futuro. Ella era el futuro.

La gente que ve venir las cosas tiene una cronología defectuosa, simplemente. Los relojes de Treslove estaban todos alterados. En cuanto veía a una mujer ya veía todas las secuelas: su petición de matrimonio y la aceptación de ella, el hogar que establecerían juntos, las lujosas cortinas de seda filtrando una luz rojiza, las sábanas ondeando como nubes al viento, la serpenteante voluta de humo aromático ele-

vándose por la chimenea (pero solo por la chimenea), el entramado de tejas rojas, los aguilonos y las lucernas, su felicidad, su futuro... Todo se le venía encima mientras ella pasaba por su lado.

Ella no lo dejaba por otro hombre, ni le decía que estaba harta de él y de su vida compartida; no, moría en un sueño perfeccionado de amor trágico: tísica, con los ojos humedecidos, la mitad de las veces entonando su adiós con frases prestadas de la ópera popular italiana.

No había hijos. Los hijos estropeaban la historia.

Entre farolas caídas y muros que se desplomaban, a veces se sorprendía a sí mismo ensayando las últimas palabras que le diría —la mitad de las veces prestadas también de las óperas populares italianas—, como si el tiempo se hubiera contraído y él tuviese el corazón destrozado y ella se estuviera muriendo incluso antes de que la conociera.

Había para Treslove algo exquisito en el presentimiento de una mujer amada expirando en sus brazos. A veces moría él en los suyos, pero resultaba mejor si ella moría y él abrazaba. Era así como sabía que estaba enamorado de una mujer: si no presentía su muerte, no había propuesta de matrimonio.

Esa era la poesía de su vida. En la realidad todo se había reducido a mujeres que lo acusaban de ahogar su creatividad y acababan abandonándolo.

En la realidad, incluso había habido hijos.

Pero más allá de la realidad algo ejercía su atracción.

En unas vacaciones escolares en Barcelona había pagado a una adivina gitana para que le leyera la mano.

—Veo a una mujer —le dijo.

Treslove se emocionó.

—¿Es hermosa?

—Para mí, no —dijo la gitana—. Pero para usted... quizá. También veo peligro.

Treslove aún se emocionó más.

—¿Cómo sabré que es ella cuando la conozca?

—Lo sabrá.

—¿Tiene nombre?

—Los nombres normalmente se cobran aparte —dijo la gitana, echándole el pulgar hacia atrás—. Pero con usted haré una excepción porque es joven. Veo a una mujer llamada Juno. ¿Conoce a alguna Juno?

Ella lo pronunciaba a la española. «Huno.»¹

Treslove guiñó un ojo. ¿Juno? ¿Conocía a alguna? ¿Habría alguien que conociera a una Juno? No, lo sentía, no conocía a ninguna. Conocía a una June.

—No, no, es más que June. —La mujer parecía irritada con él por no ser capaz de algo más importante que June—. Judy... Julie... Judith. ¿Conoce a alguna Judith?

Hudith.

Treslove meneó la cabeza. Pero le gustaba cómo sonaba: Julian y Judith. Hulian y Hudith Treslove.

—Bueno, ella le está esperando, esa Julie o Judith o Juno... Yo sigo viendo una Juno.

Treslove guiñó el otro ojo. Juno. Juno...

—¿Cuánto tiempo esperará? —preguntó.

—Todo el que tarde usted en encontrarla.

Treslove se imaginó a sí mismo buscando, registrando los siete mares.

—Ha dicho que veía peligro. ¿En qué sentido es peligrosa?

Ya la veía abalanzándose sobre él y poniéndole en la garganta un cuchillo: «*Addio, mio bello, addio*».

—Yo no he dicho que ella sea peligrosa. Solo que veía un peligro. Podría ser usted el que fuera peligroso para ella, o bien otra persona que sea peligrosa para ambos.

1. Juno, Julian o Judith se pronuncian: «Djuno», «Djulian», «Djudit», mientras que la «j» española se identifica en inglés como la «h» aspirada.

Todas las notas son del traductor.

—Entonces, ¿debería evitarla? —preguntó Treslove.

Ella se estremeció con un estremecimiento de adivina.

—No podrá evitarla.

Ella misma era hermosa. Al menos a los ojos de Treslove. Demarcada y trágica, con aros dorados en las orejas y un deje que le sonó semejante al de las Midlands occidentales. De no ser por el acento, se habría enamorado de ella.

No le había dicho nada que no supiera. Alguien, algo le estaba reservado.

Algo más importante que un simple percance.

Estaba hecho para la calamidad y la tristeza, pero él siempre se encontraba en otra parte cuando lanzaban su zarpa. Una vez, un árbol se desmoronó y aplastó a una persona que caminaba medio metro detrás de él. Treslove oyó el grito y casi creyó que había salido de su propia garganta. En el metro de Londres se salvó de un tipo trastornado con una pistola por un solo vagón de distancia. Ni siquiera lo interrogó luego la policía. Y una chica a la que había amado con pasión desesperada de colegial —la hija de uno de los amigos de su padre, un ángel con una piel de pétalo de rosa y unos ojos que parecían eternamente húmedos— había muerto de leucemia a los catorce años mientras a él le echaban la buena ventura en Barcelona. Su familia no le avisó para que volviera y estuviera allí durante las últimas horas de la chica, o al menos en el funeral. No quisieron estropearle las vacaciones, le dijeron, aunque la verdad era que no confiaban en su entereza. La gente que conocía a Treslove se lo pensaba dos veces antes de invitarlo a un lecho de muerte o a un entierro.

Así que aún estaba en condiciones de perderlo todo. A sus cuarenta y nueve años se encontraba en perfecta forma física, no había sufrido una sola contusión desde que había caído en la infancia de las rodillas de su madre y aún tenía que llegar la hora de que una mujer lo convirtiera en viudo. Que él supiera, ninguna a la que hubiera amado o conocido sexualmente había muerto hasta ahora. Pocas habían per-

manecido a su lado el tiempo suficiente, de todos modos, para que su muerte hubiera podido constituir el *finale* conmovedor de una historia digna de ser calificada de grandiosa. Esa expectativa no consumada de un acontecimiento trágico le daba un aspecto juvenil casi sobrenatural. El aspecto que adquirirían a veces las personas que habían vuelto a nacer a la fe.

2

Era una cálida noche de finales de verano, con una luna alta y juguetona. Treslove volvía de una melancólica cena con un par de viejos amigos —uno de su edad, otro mucho mayor—, ambos viudos desde hacía poco. A pesar de los peligros que entrañaban las calles, había decidido pasearse un rato por una zona de Londres que conocía bien, rumiando la tristeza de la velada, antes de tomar un taxi a casa.

Un taxi, no el metro, aunque tuviese una estación a solo cien metros de su puerta. Un hombre tan temeroso como Treslove de lo que pudiera sucederle a cielo abierto difícilmente iba a aventurarse bajo tierra. Mucho menos después de haberse salvado por los pelos de aquel tipo de la pistola.

—Qué indeciblemente triste —dijo, apenas en un murmullo.

Se refería a la muerte de las esposas de sus amigos, y a la muerte de las mujeres en general. Pero también pensaba en los hombres que se habían quedado solos, él incluido. Es terrible perder a la mujer que has amado, pero no deja de ser una pérdida equiparable no tener a una mujer a la que envolver y acunar en tus brazos antes de que se desate la tragedia...

—Sin eso, ¿qué hago aquí? —se preguntó, pues él era un hombre que nunca había funcionado bien solo.

Pasó frente a la BBC, una institución para la que había trabajado en su día y en la que había depositado muchas esperanzas llenas de idealismo, pero que ahora odiaba hasta extremos irracionales. Si hubieran

sido más racionales, habría hecho lo posible para no pasar por delante con tanta frecuencia. Soltó una tibia maldición entre dientes.

—Menudo montón de mierda —dijo.

Una maldición más bien ñoña.

Eso era lo que aborrecía de la BBC: que lo había infantilizado. La Tíita, llamaba la gente cariñosamente a la Corporación. Pero las tías son figuras afectivas equívocas, malvadas y poco de fiar, porque solo fingen amor mientras ellas están mal servidas en ese aspecto y, si no, adiós muy buenas. La BBC, pensaba Treslove, volvía adictos a los que la escuchaban, reduciéndolos a un estado de estúpida dependencia. Como hacía también con aquellos a los que daba trabajo. Solo que era aún peor en el caso de sus empleados, porque los maniataba con ascensos e ínfulas, y los invalidaba para cualquier otra clase de vida. El propio Treslove constituía un buen ejemplo. Pero no de los ascendidos, solo de los invalidados.

Había varias grúas alrededor del edificio, tan altas e inestables como la luna. Eso sí que sería un destino adecuado, pensó: tal como en mis principios, así en mi final: una grúa de la BBC reventándose los sesos. El «montón de mierda». Ya oía el crujido de su cráneo al partirse, como la superficie de la tierra abriéndose en una película de catástrofes. Claro que la vida no dejaba de ser una película de catástrofes en la que iban muriendo mujeres encantadoras, una tras otra. Aceleró el paso. Un árbol se alzó amenazante ante él. Dio un viraje brusco y a punto estuvo de tropezarse con un cartel de obras caído en mitad de la acera: PELIGRO. Las espinillas le dolían ya con la imaginada colisión. Incluso su alma se estremecía de temor.

«Nunca ocurre donde te lo esperas», se dijo. Siempre procede de otra parte. Y justamente entonces una sombra oscura salió de un portal convertida en un asaltante, lo agarró del cuello, le aplastó la cara contra un escaparate, le dijo que no gritara ni forcejeara y lo despojó del reloj, la cartera, la estilográfica y el teléfono móvil.

Solo cuando dejó de temblar, cuando fue capaz de revisarse los bolsillos y los encontró vacíos, adquirió la completa certeza de que lo sucedido había pasado en realidad.

Ni cartera ni teléfono móvil.

En el bolsillo de la chaqueta no estaba la estilográfica.

En la muñeca no tenía el reloj.

Y en su propio interior no había ánimo de pelea, ni instinto de preservación, ni *amour de soi*, ni como quiera que se llame ese pegamento que mantiene a un hombre de una pieza y lo enseña a vivir en el presente.

Aunque eso... ¿cuándo lo había tenido en toda su vida?

En la universidad había sido un hombre de módulos y de cosas variopintas y, lejos de estudiar alguna materia reconocible, había ido sumando componentes de distintas disciplinas de carácter artístico (por no llamarlas indisciplinas) para encajarlas como piezas de Lego. Arqueología, Poesía Concreta, Comunicación y Medios, Administración de Festivales y Teatros, Religiones Comparadas, Diseño de Decorados, Historia Abreviada de Rusia, Política y Género... Al concluir sus estudios —y nunca quedó del todo claro si los había concluido y cuándo, puesto que nadie en la universidad sabía muy bien cuántos módulos constituían una totalidad—, Treslove se encontró con un título tan impreciso en las manos que lo único que pudo hacer con él fue aceptar un puesto de becario en la BBC. Y ella, la BBC, lo único que pudo hacer por su parte cuando tuvo a Treslove en sus manos fue mandarlo a producir programas de arte para la programación de madrugada de Radio 3.

Él se sentía allí como un matorral enano en una selva de árboles gigantescos. Había otros becarios que se alzaban a una altura asombrosa solo unas semanas después de haber llegado. Se elevaban a toda velocidad porque aquella —hacia arriba— era la única dirección que podías seguir, salvo que fueras Treslove, que seguía donde estaba porque nadie sabía que estaba allí. Se convertían en jefes de programación, en directores de emisora, en jefes de compras, en ejecutivos multimedia e incluso en directores generales. Ninguno se largaba. Ninguno era despedido. La Corporación cuidaba de los suyos con una lealtad más ferroz que la de una familia de mafiosos. En consecuencia, todo el mundo

se conocía (salvo Treslove, que no conocía a nadie) y hablaba el mismo lenguaje (salvo Treslove, cuyo lenguaje embebido de tristeza y dolor nadie entendía).

—Anímate —le decía la gente en el comedor. Pero eso solo servía para que le entraran ganas de llorar. Una expresión deprimente, «anímate». No solo venía a reconocer las escasas probabilidades de que se animara nunca, sino que implicaba que no podía haber muchos motivos para animarse, a fin de cuentas, si animarse era lo único que cabía esperar.

Se llevó una reprimenda con membrete oficial remitida por un miembro del Consejo Creativo —no reconoció su nombre— por abordar demasiados temas sombríos y poner demasiada música lúgubre en su programa. «Ese es el terreno de Radio 3», concluía la carta. Él respondió diciendo que su programa estaba en Radio 3. No recibió respuesta.

Tras más de una docena de años vagando por los pasillos fantasmales de la Broadcasting House en mitad de la noche, sabiendo que nadie escuchaba ninguno de los programas que producía —¿a quién le apetecía oír, a las tres de la madrugada, a un grupito de poetas vivos hablando de poetas muertos que lo mismo podían haber sido poetas muertos hablando de poetas vivos?— dimitió. «¿Alguien se daría cuenta si mis programas no salieran al aire? —escribió en su carta de dimisión—. ¿Alguien notaría mi ausencia si dejara de presentarme?» Una vez más, no recibió respuesta.

La Tííta tampoco lo escuchaba.

Respondió a un anuncio del periódico que pedía un director adjunto para un festival de arte recién creado en la costa sur. «Recién creado» significaba: una biblioteca escolar sin libros, solo con ordenadores, tres conferenciantes invitados y ningún público. Le recordó a la BBC. La directora reescribía todas sus cartas en un inglés más sencillo. Y lo mismo hacía con su conversación. Se enfadaron a cuenta de la redacción de un folleto.

—¿Por qué decir «estimulante» cuando se puede decir «sexy»? —le preguntó.

- Porque un festival de arte no es sexy.
—¿Y sabes por qué no lo es? Porque te empeñas en utilizar palabras como «estimulante».
—¿Qué tiene de malo?
—Es un eufemismo.
—No hay nada eufemístico en «estimulante».
—Sí lo hay en tu manera de decirlo.
—¿Podríamos tratar de llegar a un acuerdo con «entusiasmo»?
—preguntó sin ninguna gana de acordar nada.
—¿Podríamos tratar de llegar a un acuerdo para que te busques otro trabajo?

Se habían acostado juntos. No tenían otra cosa que hacer. Copularon directamente en el suelo del gimnasio cuando nadie se presentó a su festival. Ella llevó chancas incluso mientras hacían el amor. Él solo cayó en la cuenta de que la amaba cuando lo despidió.

Se llamaba Julie. También reparó en ese detalle solo cuando lo despidió.

Hulie.

A partir de entonces abandonó su carrera en el campo de las artes y pasó por una serie de puestos inadecuados y de mujeres igualmente inadecuadas, enamorándose cada vez que asumía un nuevo trabajo, y desenamorándose —o mejor dicho: siendo él la víctima del desamor— cada vez que cambiaba de trabajo. Condujo un camión de mudanzas y se enamoró de la primera mujer cuya casa vació; hizo de repartidor de leche con un vehículo eléctrico y se enamoró de la cajera que le pagaba los viernes por la tarde; fue ayudante de un carpintero italiano que reemplazaba las ventanas de guillotina de las casas victorianas y lo reemplazó en el corazón de la cajera; se hizo cargo de la sección de zapatería de unos famosos almacenes de Londres y se enamoró de la mujer que se encargaba de los productos textiles en la planta superior; y finalmente encontró una ocupación más o menos permanente y mal pagada en una agencia teatral especializada en suministrar dobles de famosos para fiestas, conferencias y reuniones de empresa. Treslove no se parecía a ningún famoso en particular, pero se

parecía a muchos famosos en general, y por lo tanto estaba bastante solicitado: no en nombre de la verosimilitud, pero sí al menos de la versatilidad.

¿Y la mujer de la sección de tejidos? Lo abandonó cuando se convirtió en el doble de nadie en particular.

—No soporto no saber quién puedes llegar a ser —le dijo—. Tiene un efecto nocivo en los dos.

—Escoge —dijo él.

—No quiero escoger. Quiero saber. Anhele la certeza. Necesito saber que vas a estar ahí en las duras y en las maduras. Ya trabajo todo el día con telas y cosas mullidas; cuando llego a casa quiero algo sólido. Necesito una roca, no un camaleón.

Tenía el pelo rojizo y la piel irritada. Se acaloraba tan deprisa que Treslove siempre había temido acercarse demasiado.

—Yo soy una roca —insistió, a distancia prudencial—. Estaré a tu lado hasta el final.

—Pues ya has llegado prácticamente —le dijo ella—. Esto es el final. Te dejo.

—¿Solo porque estoy solicitado?

—Porque para mí no lo estás.

—Por favor, no te vayas. Si no he sido una roca, lo seré a partir de ahora.

—No. No forma parte de tu naturaleza.

—¿Acaso no cuida de ti cuando estás enferma?

—Sí, eres maravilloso cuando estoy enferma. Es cuando me encuentro bien cuando no me sirves.

Le suplicó que no se marchara. Se arriesgó: la abrazó y sollozó en su hombro.

—Una especie de roca —dijo ella.

Se llamaba June.

Estar solicitado es algo relativo. No lo estaba tanto, en su calidad de sosias de todos y de ninguno, para no disponer de muchas horas libres en las que meditar sobre lo que le había acontecido, o más bien no le había acontecido; sobre las mujeres y la tristeza que le inspiraban, sobre

su soledad, sobre algo que le faltaba y para lo que no encontraba la palabra adecuada. El hecho de estar incompleto, su radical desconexión, su principio en permanente espera de un final (¿o era su final en espera de un principio?), su historia aguardando un argumento.

Eran exactamente las 11.30 de la noche cuando se produjo el atraco. Treslove lo sabía porque algo le había impulsado a mirar el reloj un momento antes; quizás el conocimiento previo de que no volvería a mirarlo. Pero por el brillo de las farolas y la cantidad de comercios iluminados —había una peluquería todavía abierta, y un restaurante chino, y también un quiosco en reparaciones—, podría muy bien haber sido mediodía. Las calles no estaban desiertas; al menos una docena de personas podrían haber acudido en su auxilio, aunque nadie lo hizo. Quizás el descaro mismo del atraco —a cien metros de Regent Street, casi junto a la BBC (a la distancia ideal para maldecirla)— había desconcertado a los testigos. Tal vez pensaron que los participantes estaban bromeando o que se habían enredado en una bronca doméstica, de camino a casa, al salir de un restaurante o de un teatro. Podrían —y ahí estaba lo raro del asunto— haberlos tomado por una pareja.

Eso era lo que Treslove encontraba más mortificante. No la interrupción de una de sus gratas meditaciones sobre la viudedad ajena; no el repentino espanto del ataque: una mano agarrándolo por el cogote y empujándolo con tanta fuerza contra el escaparate de la tienda de violines Guivier que los instrumentos vibraron y resonaron tras el vidrio aplastante (a menos que la música que oyó fuese el sonido de su nariz al quebrarse); ni siquiera el robo de su reloj, de su cartera, de su estilográfica y su móvil, por muy sentimental que fuera el vínculo que le unía al primero, y por inconveniente que resultara la pérdida de la segunda, tercera y cuarto. No, lo que le disgustaba por encima de todo era el hecho de que la persona que le había robado, asaltado y, sí, aterrorizado —una persona contra la que no había presentado el menor atisbo de resistencia— fuera... una mujer.

Hasta el atraco, la velada había sido deliciosamente triste pero no deprimente. Aunque se lamentaran por hallarse solos sin rumbo ni propósito, los tres hombres —los dos viudos y Treslove, que contaba como un tercero honorario— disfrutaron de su mutua compañía, hablaron de economía y política internacional, evocaron chistes y anécdotas del pasado y casi lograron convencerse de que habían regresado a la época en la que no tenían esposas que perder. Todo era un sueño por un instante: su enamoramiento, los hijos engendrados (Treslove había engendrado dos sin querer, que él supiera) y las separaciones que los habían destrozado. Ninguna persona amada los había abandonado porque aún no habían amado a nadie. La sensación de pérdida era algo que pertenecía al futuro.

Claro que, por otra parte, ¿a quién estaban engañando?

Después de cenar, Libor Sevcik —en cuyo apartamento, entre la Broadcasting House y Regent's Park, se habían reunido— se sentó al piano y tocó el *Impromptus* de Schubert, opus 90, que tanto le gustaba tocar a su esposa Malkie. Treslove pensó que iba a morir de pena por su amigo. No entendía cómo Libor había sobrevivido a la muerte de Malkie. Habían estado casados durante más de medio siglo. Libor se acercaba a los noventa años. ¿Qué podía quedarle para seguir viviendo?

La música de Malkie, tal vez. Libor nunca se había sentado al piano mientras ella vivía (el taburete del piano era sagrado para ella, a él le habría resultado tan impensable sentarse como interrumpirla cuando estaba en el baño), pero lo que sí había hecho muchas veces era permanecer de pie tras ella mientras tocaba: en la primera época acompañándola al violín, pero más tarde, ante su tácita insistencia («¡El tempo, Libor, el tempo!»), plantado detrás de ella sin el violín, maravillándose de su destreza, del aroma a aloe e incienso (todos los perfumes de Arabia) que desprendía su pelo y de la belleza de su cuello. Un cuello más grácil, le había dicho el día que se habían conocido, que el de un cisne. Debido al acento en inglés de Libor, Malkie no había oído *swan*, sino algo así como *svontz*, lo que le había recordado una palabra en

yiddish que solía usar su padre y significaba pene. ¿Sería posible que Libor hubiera querido decirle que su cuello era más grácil que un pene?

De no haberse casado con él, o eso sostenía la mitología familiar, Malkie Hofmannsthal habría continuado probablemente su carrera hasta convertirse en una concertista de éxito. Horowitz la había oído interpretar a Schubert en un salón de Chelsea y la había elogiado. Tocaba las piezas, dijo, como debían tocarse, como si Schubert se las estuviera inventando a medida que avanzaba: improvisaciones espontáneas con un vigoroso trasfondo intelectual. La familia de Malkie lamentó su matrimonio por muchas razones, entre ellas las carencias de Libor en educación y formación intelectual, así como su barato tono periodístico y el tipo de gente que frecuentaba. Pero lo lamentaron sobre todo por el futuro musical que ella echó a perder.

—¿Por qué no puedes casarte con Horowitz si has de casarte con alguien? —le dijeron.

—Me dobla la edad —replicó Malkie—. Para eso podríais preguntarme por qué no me caso con Schubert.

—¿Quién ha dicho que un marido no pueda doblarte la edad? Los músicos viven una eternidad. Y si lo sobrevives, bueno...

—Él no me hace reír —dijo—. Libor me hace reír.

Habría podido añadir que Horowitz ya estaba casado con una hija de Toscanini.

Y que Schubert había muerto de sífilis.

Nunca se arrepintió de su decisión. Ni cuando oyó tocar a Horowitz en el Carnegie Hall —sus padres le pagaron un viaje a América para que olvidara a Libor y le reservaron un asiento de primera fila para que Horowitz no dejara de verla—, ni cuando Libor se ganó cierta reputación como periodista de espectáculos, viajando sin ella a Cannes, Montecarlo y Hollywood, ni cuando él cayó en una de sus depresiones checas. Ni siquiera cuando Marlene Dietrich, incapaz de entender la hora en ningún lugar del mundo en el que ella no estuviera, llamaba a su apartamento de Londres desde el Chateau Marmont a las tres y media de la madrugada, preguntaba por Libor —«querido», decía— y lloriqueaba un buen rato al teléfono.

—Yo me siento plenamente realizada contigo —le dijo Malkie a Libor. Corría el rumor de que Marlene Dietrich le había dicho lo mismo, pero él continuaba decantándose por Malkie, cuyo cuello era más grácil que el de un *svontz*.

—Has de seguir tocando —insistió él, comprándole un Steinway vertical con candelabros dorados en una subasta del sur de Londres.

—Seguiré —dijo ella—. Tocaré todos los días. Pero solo cuando tú estés aquí.

Cuando se lo pudo permitir, le compró un Bechstein de cola con la caja de color ébano. Ella quería un Blüthner, pero Libor no iba a tolerar que entrara en su apartamento nada fabricado detrás del Telón de Acero.

En los últimos años, Malkie le había hecho prometer que no se moriría antes que ella: tan incapaz se veía de sobrevivir una hora sin él. Una promesa que Libor había cumplido solemnemente.

—Ríete si quieres —le dijo a Treslove—, pero hincó una rodilla en el suelo para hacerle esa promesa, exactamente como había hecho el día que le propuse matrimonio. Es la única razón por la que sigo vivo ahora.

Como se había quedado sin palabras, Treslove hincó una rodilla en el suelo y le besó la mano a Libor.

—Llegamos a hablar de tirarnos juntos en Bitchy 'Ead si uno de los dos se ponía gravemente enfermo —dijo Libor—, pero Malkie pensaba que yo era demasiado ligero para caer al mar al mismo tiempo que ella, y no le hacía gracia la idea de andar esperando en el agua.

—¿Bitchy 'Ead? —repitió Treslove.

—Sí. Incluso fuimos una vez en coche a pasar el día, desafiándonos el uno al otro. Un lugar precioso: enormes acantilados con gaviotas volando en círculo y ramitos de flores muertas atados a las vallas de alambre de espino (uno todavía con el ticket del precio pegado, recuerdo), y también una placa donde figuraba una cita de los Salmos, algo así como que Dios es más poderoso que el fragor de las aguas, y montones de crucecitas de madera plantadas en la hierba. Fueron las cruces probablemente lo que nos disuadió.

Treslove no entendía de qué hablaba. ¿Vallas de alambre de espino? ¿Habrían llegado en coche hasta Treblinka en su pacto suicida?

Pero las gaviotas... Y las cruces... Cualquiera sabía.

Malkie y Libor no hicieron nada, finalmente. Fue Malkie la que cayó gravemente enferma; y no hicieron absolutamente nada al respecto.

Tres meses después de la muerte de su esposa, Libor tomó en lo más hondo de la desesperación una decisión audaz y contrató a un profesor que olía a tabaco, postales viejas y cerveza Guinness para que le enseñara a tocar el *impromptus* que Malkie había interpretado como si Schubert estuviera allí mismo (inventando a medida que avanzaba), y empezó a tocarlo una y otra vez con sus fotografías favoritas de Malkie sobre el piano, justo delante. Su inspiración, su instructora, su compañera, su juez. En una de las fotos aparecía insoportablemente joven, asomada al muelle de Brighton, riéndose y con el sol en la cara. En otra lucía su vestido de boda. En todas, solo tenía ojos para Libor.

Julian Treslove lloraba abiertamente en cuanto empezaba a sonar la música. Si él hubiera estado casado con Malkie, no tenía la menor duda de que habría llorado ante su belleza todas las mañanas al despertar y encontrarla en su cama. Y después, cuando al despertarse ya no la hubiese encontrado allí, ni siquiera podía imaginarse lo que habría hecho... ¿Tirarse de Bitchy 'Ead? ¿Por qué no?

¿Cómo te las arreglas para seguir vivo sabiendo que ya nunca —nunca, jamás— verás a la persona que has amado? ¿Cómo puedes sobrevivir una hora, un solo minuto, un solo segundo sabiendo algo así? ¿Cómo haces para mantenerte entero?

Quería preguntárselo a Libor. «¿Cómo lograste pasar la primera noche solo? ¿Dormiste? ¿Has dormido desde entonces? ¿O eso es lo único que te queda: dormir?»

Pero no se atrevía. Quizá no quería oír la respuesta. Aunque Libor había dicho una vez: «Cuando crees que ya has superado el dolor, te das cuenta de que te has quedado con la soledad».

Treslove intentaba imaginarse una soledad más grande que la suya. «Cuando crees que ya has superado la soledad —se dijo—, te das cuenta de que te has quedado con el dolor.»

Aunque, claro, él y Libor eran diferentes.

Se quedó de piedra cuando Libor le contó un secreto. Al final, se decían groserías el uno al otro. Groserías tremendas.

—¿Tú y Malkie?

—Yo y Malkie. Hablábamos con vulgaridad. Era nuestro modo de defendernos del patetismo.

A Treslove no le cabía en la cabeza. ¿Por qué habría de querer defenderse uno del patetismo?

Libor y Malkie eran de la misma generación que sus padres, ambos muertos hacía mucho. Treslove los había querido aunque sin tener una relación estrecha con ellos; ellos habrían dicho lo mismo de él. El reloj del que habría de ser despojado aquella misma noche había sido un regalo de su madre, una mujer en permanente estado de ansiedad. «Joyas para mi Jules», decía la inscripción, aunque ella nunca lo llamaba Jules. La sensación de compostura que iba a perder de la misma manera era herencia de su padre, un hombre que se mantenía tan erguido que creaba a su alrededor una especie de silencio arquitectónico. Se podía colgar de él una plomada, recordaba Treslove. Pero no creía que sus padres fueran el motivo de las lágrimas que derramaba en compañía de Libor. Lo que lo conmovía era aquella prueba de la destructibilidad de las cosas; todo se cobraba su precio al final, y quizá la felicidad lo hacía incluso con más crueldad que su opuesta.

¿Era mejor entonces —dada la magnitud de la pérdida— no conocer la felicidad? ¿Mejor atravesar la vida esperando lo que nunca llegaba, porque así tendrías menos que lamentar?

¿Sería ese el motivo de que Treslove se encontrase solo tan a menudo? ¿Se estaba protegiendo a sí mismo contra la felicidad en compañía que tanto anhelaba porque le daba pavor cómo se sentiría cuando le fuera arrebatada?

¿O la pérdida que temía era precisamente la felicidad que anhelaba? Pensar en la causa de sus lágrimas solo le hacía llorar más.

El tercer miembro del grupo, Sam Finkler, no había derramado una sola lágrima mientras Libor tocaba. La fatal y prematura muerte de su propia esposa —por una horrible coincidencia, en el mismo mes en

que Libor había pasado a ser viudo— lo había dejado casi más airado que afligido. Tyler nunca le había dicho que con él se sentía «plenamente realizada», y Finkler la había amado igualmente con toda su alma, con una devoción expectante y casi alerta —que no excluía otras devociones colaterales—, como si tuviera la esperanza de que ella hubiera de dignarse algún día a reconocer sus verdaderos sentimientos por él. Pero nunca lo hizo. Sam no se apartó de su cama durante la última noche. En un momento dado, ella le indicó con una seña que se acercara. Él obedeció y pegó el oído a sus pobres labios resecos; pero si ella pretendía decirle algo tierno no lo consiguió. Sam oyó solo un quejido de dolor. Un sonido que podría haber salido fácilmente de su propia garganta.

El suyo, aunque a veces borrascoso, había sido también un matrimonio lleno de cariño, y más fecundo, si contaban los hijos, que el de Libor y Malkie. Pero Sam siempre había encontrado a Tyler reservada y hermética en cierto sentido. Acaso infiel, no lo sabía. Quizá no le habría importado de haberlo sabido. Tampoco eso lo sabía: nunca había tenido la oportunidad de descubrirlo. Y ella ahora se había llevado, tal como dicen, sus secretos a la tumba. Había lágrimas en Sam Finkler, pero él se mostraba tan cauteloso con ellas como lo había sido con su esposa. Si tenía que llorar, quería estar seguro de hacerlo por amor, no de rabia. Así que era preferible —al menos hasta que se familiarizase con su dolor— no llorar en absoluto.

Y además, Treslove ya tenía lágrimas suficientes para todos.

Julian Treslove y Sam Finkler habían ido juntos al colegio. Eran más rivales que amigos, en realidad; pero la rivalidad también puede durar toda una vida. Finkler era el más inteligente. Entonces insistía en que lo llamaran Samuel.

—Me llamo Samuel, no Sam. Sam es nombre de detective privado. Samuel era un profeta.

Samuel Ezra Finkler... ¿cómo no iba a ser más inteligente con un nombre semejante?

Había sido a él a quien Treslove acudió, muy excitado, después de que le echasen la buenaventura durante sus vacaciones en Barcelona. Los dos compartían habitación.

—¿Conoces a alguna Juno? —le preguntó Treslove.

—¿Jonoces aljunia Juno? —respondió Finkler, mascullando extraños sonidos con la «j».

Treslove no lo captó.

—¿Junoces aljudia Juno? ¿Eso me preguntas?

Treslove seguía sin entenderlo. Así que Finkler se lo escribió.

«¿Judnoces aljudia Jud'no?». ²

Treslove se encogió de hombros.

—¿Se supone que eso tiene gracia?

—Para mí sí —dijo Finkler—. Pero tú verás.

—¿Para un judío es divertido escribir la palabra «judío»? ¿Ahí está la gracia?

—Olvidalo —dijo Finkler—. No lo entenderías.

—¿Por qué no? Si yo escribiera: «No judío no sabe lo que judío sabe» podría decirte qué tiene de gracioso.

—Es que no tiene nada de gracioso.

—Exacto. Los no judíos no encuentran hilarante ver escrito «no judío». No nos fascina el reflejo escrito de nuestra identidad.

—¿Y jú sabes por qué es así? —preguntó Finkler.

—Anda y que te jodan —dijo Treslove.

—Y esto es humor no judío, ¿no?

Antes de conocer a Finkler, Treslove nunca había tratado con un judío. Que él supiera, al menos. Suponía que un judío sería como la palabra «judío»: pequeño, raudo y oscuro como un escarabajo. Una persona secreta. Pero Finkler era casi anaranjado y larguirucho. Poseía unos rasgos extravagantes: mandíbula prominente, largos brazos y unos pies tan grandes que le costaba encontrar zapatos de su nú-

2. Juego de palabras basado en la similitud fonética de *you / jew / Ju(no)*: tú / judío / Ju(no).

mero ya a los quince años. (Treslove se fijaba mucho en los pies; los suyos eran delicados como los de un bailarín.) Más aún —todo era más aún en el caso de Finkler—: tenía un porte imponente que lo hacía parecer más alto de lo que era, y dictaba sentencia sobre hechos y personas con tal seguridad que casi parecía escupirlas. «Dilo, pero no salpiques», le decían los otros chicos a veces, aunque se jugaran el tipo al hacerlo. Si todos los judíos tenían aquella pinta, pensaba Treslove, entonces Finkler, que sonaba como Sprinkler («aspersor»), era un nombre más adecuado para ellos que «judíos». Y así los llamaba para sus adentros: *finklers*.

Le habría gustado contárselo a su amigo. Así se borraba todo el estigma, pensaba. En cuanto te ponías a hablar de la Cuestión Finkler, digamos, o de la Conspiración finkleriana, extraías automáticamente todas las toxinas. Pero nunca encontraba el modo de explicárselo al propio Finkler.

Los dos eran hijos de comerciantes con pretensiones. El padre de Treslove vendía puros y accesorios para fumadores. El de Finkler, productos farmacéuticos. Tenía fama de despachar unas píldoras que devolvían el vigor a quienes parecían al borde de la muerte. Tomaban sus píldoras y les volvía a crecer el pelo, erguían la espalda, se les desarrollaban los bíceps. El viejo Finkler era un milagro andante él mismo, un antiguo enfermo de cáncer de estómago ahora convertido en prueba viviente de la eficacia de sus píldoras. A los clientes de la farmacia, fuera cual fuese su dolencia, los invitaba a darle puñetazos en el estómago. Justo donde había tenido el cáncer.

—Más fuerte —decía—. Pegue más fuerte. No, no basta. Aún no noto nada.

Y luego, cuando se maravillaban de su vigor, sacaba una caja de píldoras.

—Tres al día con las comidas y tampoco usted sentirá dolor nunca más.

A pesar de todo el circo y las patrañas, era un hombre religioso de los de sombrero oscuro, un miembro activo de su sinagoga, y oraba a Dios para que lo mantuviera con vida.

Julian Treslove sabía que él nunca sería inteligente al modo finkleriano. «¿Jonojes aljudía Jud'no?» Nunca sería capaz de una ocurrencia semejante. Su cerebro funcionaba a otra temperatura. A él le costaba más tiempo llegar a una conclusión y, en cuanto la alcanzaba, ya quería cambiarla. Pero quizá por eso era él quien poseía una imaginación más osada, pensaba. Llegaba al colegio con sus sueños nocturnos auestas, como un acróbata con una pirámide humana sobre los hombros. En la mayoría de los sueños se encontraba abandonado en vastas estancias repletas de ecos, o de pie ante tumbas vacías, o contemplando casas en llamas.

—¿Tú qué crees que significa? —le preguntaba a su amigo.

—Yo qué sé —respondía Finkler invariablemente, como si tuviera cosas mejores en que pensar. Finkler nunca soñaba. A Treslove le parecía a veces que era por cuestión de principios.

A menos que fuera demasiado alto para soñar.

Así que Treslove tenía que descifrar sus sueños por sí solo. Los temas apenas variaban: estar en el lugar equivocado en el momento equivocado; llegar demasiado tarde o bien demasiado temprano; aguardar angustiosamente a que se abatiera el hacha, a que cayera la bomba, a que una mujer peligrosa le hurgara en el corazón con los dedos. Julie, Judith, Juno...

Huno.

También soñaba que perdía cosas y nunca conseguía encontrarlas a pesar de la búsqueda desesperada que emprendía por los sitios más insospechados: detrás de los zócalos, dentro del violín de su padre o entre las páginas de un libro, aun cuando lo que buscara fuese más grande que un libro. A veces, la sensación de haber perdido algo precioso se prolongaba durante todo el día.

Libor, que les triplicaba la edad cuando lo conocieron, había aparecido como caído del cielo (realmente, con su chaqueta de terciopelo granate y su corbata de lazo a juego, daba la impresión de que acabara de abrir la puerta equivocada, como Treslove en sus sueños), para enseñarles historia europea; aunque en realidad de lo que él quería hablarles más que nada era de la opresión comunista (de la que había te-

nido la precaución de huir en 1948, justo antes de que hundiera las garras en su país), de la Bohemia husita y del papel desempeñado por las ventanas en la historia checa. Julian Treslove creyó que había dicho «viudas» (*widows*), no «ventanas» (*windows*), y se inquietó en el acto.

—¿Viudas en la historia checa, señor?

—¡Ventanas, chaval, ventanas!

En su país había sido una especie de periodista, un crítico de cine y columnista de cotilleo muy bien relacionado; después, en Hollywood, ya como Egon Slick, un comentarista del mundo del espectáculo que andaba por los bares de Sunset Boulevard acompañado de bellas actrices sobre las que escribía para la prensa inglesa, siempre ávida de glamour. Y sin embargo, allí estaba ahora, enseñándoles los absurdos de la historia checa a los alumnos de una escuela secundaria del norte de Londres. Si había algo más absurdo, en el sentido existencial, que la historia checa, era sin lugar a dudas su propia historia.

Había sido por Malkie por quien renunció a Hollywood. Ella nunca lo acompañaba en sus viajes; prefería mantener viva la llama del hogar. «Me gusta esperarte —le decía—. Me encanta la expectativa de tu regreso.» Pero él advertía que la expectativa se desgastaba. Y sentía que había cuestiones prácticas que no podía dejar siempre en manos de Malkie. Rompió un contrato y riñó con su editor. Necesitaba tiempo para escribir sobre los lugares donde había estado y las personas que había conocido. La enseñanza le proporcionaba ese tiempo.

De Pacific Palisades a Highgate, de Garbo a Finkler: él mismo se reía de su trayectoria profesional durante las clases, cosa que le granjeó las simpatías de los alumnos. Una mañana tras otra repetía la misma lección: una diatriba contra Hitler y Stalin, seguida de la Primera y («si os portáis bien») de la Segunda defenestración de Praga. Algunos días pedía a uno de los chicos que diera la lección en su lugar, ya que se la sabían tan bien. Cuando vieron que en el examen no salía ninguna pregunta sobre la Primera, la Segunda ni ninguna otra de las defenestraciones subsiguientes, la clase entera se quejó.

—No esperéis que yo os prepare para vuestros exámenes —les dijo Libor, frunciendo un labio ya de por sí curvado—. Hay muchos

profesores que pueden ayudaros a sacar buenas notas. Mi función es ofrecerlos una muestra del ancho mundo.

A él le habría gustado hablarles de Hollywood, pero Hollywood no figuraba en el programa. Praga y sus defenestraciones sí podía colarlas; las estrellas y sus indiscreciones, no.

No duró mucho. Los profesores que llevaban corbata de lazo y hablaban del ancho mundo raramente duraban. Seis meses después estaba trabajando durante el día en la sección checa del Servicio Mundial de la BBC, y escribiendo por las noches biografías de algunas de las mujeres más bellas de Hollywood.

A Malkie no le importaba. Malkie lo adoraba y lo encontraba divertido. Divertido era mejor que absurdo; y que ella lo encontrara divertido lo mantenía en sus cabales.

—Cosa que no puede decirse de muchos checos —bromeaba.

Seguía viendo a los dos chicos cuando tenía tiempo. Su inocencia le hacía gracia. Él, personalmente, nunca había conocido la inocencia adolescente. Los llevaba a bares a los que no habrían podido entrar solos; les ofrecía bebidas de las que ni siquiera habían oído hablar y que mucho menos habían probado; les describía con considerable detalle sus hazañas eróticas —usando la palabra «erótico», ciertamente, y paladeándola con la lengua como si la salacidad de las propias sílabas bastara para excitarlos— y les hablaba de la Bohemia de la que había tenido la fortuna de escapar y que no esperaba ver nunca más.

De entre las naciones del mundo libre, solo valía la pena vivir en Inglaterra y América, a su juicio. Le encantaba Inglaterra y salía de compras tal como suponía que lo hacían los ingleses. Compraba té aromático y pasta de anchoas en Fortnum & Mason, y todas sus camisas y chaquetas en Jermyn Street, donde también se daba el gusto, siempre que podía, de un afeitado con toallitas calientes empapadas en lima. También defendía a Israel, como finkler que era, aunque eso, pensaba Treslove, lo hacía más por pinchar a la gente con el hecho de su existencia como país que porque quisiera irse a vivir allí. Siempre que Libor decía la palabra Israel marcaba la «r» como si hubiera tres, y no una, y cortaba abruptamente la «l», como para sugerir que el lugar pertenecía

al Todopoderoso y que él no tenía valor para pronunciarlo del todo. Los finklers eran así con el lenguaje, deducía Treslove. Cuando no jugaban con él, le atribuían propiedades sagradas. O viceversa. Sam Finkler llegaría a escupir con el tiempo palabras relacionadas con Israel —«sionista», «Tel Aviv», «Knéset»— como si fueran maldiciones.

Libor les contó un día un secreto. Estaba casado. Y lo había estado durante más de veinte años. Con una mujer que se parecía a Ava Gardner, tan bella que no se atrevía a llevar a sus amigos a casa para presentársela, no fuera a ser que quedaran cegados. Treslove preguntó por qué les hablaba ahora de ella si no lo había hecho hasta entonces.

—Porque creo que ya estáis preparados —fue su respuesta.

—¿Para quedarnos ciegos?

—Para correr el riesgo.

La verdadera razón era que Malkie tenía unas sobrinas de la edad de Treslove y Finkler que no acababan de encontrar novio. No salió nada de aquel celestinaje. Ni siquiera Treslove se pudo enamorar de las sobrinas de Malkie, que no poseían el menor parecido con ella. Aunque, claro está, sí se enamoró de Malkie, pese a que podría haber sido perfectamente su madre. Libor no había exagerado: Malkie se parecía tanto a Ava Gardner que los dos chicos discutieron entre ellos la posibilidad de que *fuera* Ava Gardner.

La amistad decayó un tanto después de aquello. Una vez que les había mostrado a su mujer, poco le quedaba a Libor para impresionarlos. Y los dos jóvenes habían de encontrar por su parte a sus propias Ava Gardner.

Poco después se publicó la primera biografía, a la que seguiría otra más de inmediato. Jugosas, entretenidas, ligeramente fatalistas. Libor volvió a hacerse famoso. En realidad, más famoso que nunca, porque algunas de las mujeres sobre las que escribía ya estaban muertas y la gente pensaba que le habían revelado a él más secretos que a ningún otro hombre. En muchas de las fotografías, Libor aparecía bailando muy arrimado con ellas, tanto que casi podías verlas mientras le vaciaban su alma. Se fiaban de él porque era divertido.

Durante años Sam y Julian solo se mantuvieron al tanto de los

progresos de Libor a través de aquellas biografías. Julian lo envidiaba; Sam no tanto. Los ecos de Hollywood raramente se colaban en los desiertos pasillos nocturnos de la Broadcasting House, que eran el hogar —si así puede llamarse un infierno— de Julian Treslove. Y como veía la carrera de Libor como lo contrario de la suya, se sentía continua —si bien secretamente— seducido por ella.

Sam Finkler, o Samuel Finkler como todavía se llamaba entonces, no se había sacado un título a base de módulos en una universidad de verano. Él decía que tenía más claro cómo debía arrimar el ascua a su sardina. Muy finkleriano por su parte, pensaba Treslove, a quien le habría gustado poseer el instinto para saber cómo arrimar el ascua a la suya.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —le preguntó—. ¿Medicina? ¿Derecho? ¿Contabilidad?

—¿Sabes cómo se llama esto? —dijo Finkler.

—El qué?

—Lo que estás haciendo.

—¿Interesarme?

—Estereotipar. Acabas de estereotiparme.

—Tú has dicho que sabías cómo arrimar el ascua a tu sardina. ¿Eso no era estereotiparte también?

—Yo tengo derecho a estereotiparme a mí mismo —dijo Finkler.

—Ah —dijo Treslove. Como tantas otras veces, se preguntó si algún día llegaría a desentrañar del todo lo que los finklers tenían derecho a decir de sí mismos y los no finklers, no.

Contra todos los estereotipos —y pensarlo así, advirtió Treslove, era una forma mental de seguir estereotipando—, Finkler estudió filosofía moral en Oxford. Aunque aquello no parecía un paso profesional demasiado inteligente en su momento, y aunque sus cinco años siguientes en Oxford enseñando lógica y retórica todavía lo parecieron menos, Finkler confirmó su sagacidad a los ojos de Treslove publicando primero uno y después otro, y luego otro y otro más, de los libros de autoayuda y filosofía práctica con los que alcanzó el éxito. *El existencialista en la cocina* fue el primero. *Pequeño manual de estoicismo casero*, el segundo. Después Treslove dejó de comprarlos.

Fue en Oxford donde Finkler se cambió el Samuel por Sam. ¿Era porque ahora quería que la gente lo tomara por un detective privado?, se preguntó Treslove. Sam el Héroe. Se le pasó por la cabeza que lo que su amigo no quería era que lo considerasen un finkler, pero en tal caso habría sido más lógico cambiarse el Finkler, no el Samuel. Quizá solo quería sonar como una persona de trato fácil. Cosa que no era.

En realidad, la intuición de Treslove en el sentido de que Finkler ya no quería ser considerado un finkler era la correcta. Su padre había muerto (sufriendo terribles dolores al final, con píldoras milagrosas o sin ellas), y había sido él quien lo había mantenido en la senda finkler. Su madre nunca había entendido del todo aquella historia y aún la entendía menos ahora que se había quedado sola. Así que punto y final. Ya estaba bien de creencias irracionales. Lo que Treslove no habría llegado a entender era que el nombre Finkler aún seguía significando algo, aunque la idea finkler no. Al seguir llamándose Finkler, Finkler mantuvo vivo el sentimiento retrospectivo de su fe. Al deshacerse de Samuel, abjuró de su futuro finkler.

Gracias al éxito de sus guías de sabiduría práctica, Finkler había pasado a convertirse —pese a sus zapatones, a su verbo chorreante y a su falta de atractivo general, a juicio de Treslove— en un conocido personaje televisivo cuyos programas mostraban cómo podía ayudar Schopenhauer a la gente a mejorar su vida amorosa, o Hegel a organizar su plan de vacaciones, o Wittgenstein a memorizar su número PIN. (Y cómo ayudar a los finklers a superar sus insuficiencias físicas, pensó Treslove, apagando el televisor con irritación.)

—Ya sé lo que pensáis todos de mí — fingía disculparse Finkler cuando sus éxitos se volvieron difíciles de aceptar para quienes lo conocían y apreciaban—, pero yo he de ganar dinero deprisa para cuando Tyler me abandone y se quede con todo.

Lo decía sin duda con la esperanza de que ella declarase que lo amaba demasiado para soñar siquiera en dejarlo. Pero ella nunca lo hacía. Cosa que podía deberse tal vez a que no hacía otra cosa que soñar con dejarlo.

Mientras que Finkler, si la suposición de Treslove era correcta, era demasiado alto para soñar en nada.

Aunque sus vidas habían tomado direcciones distintas, nunca habían perdido del todo el contacto entre ellos y sus respectivas familias (en la medida en que podía decirse que Treslove tenía familia); ni tampoco con Libor, quien, primero en el apogeo de su fama, y luego mientras esta se iba apagando y la enfermedad de su esposa se convertía en su única ocupación, se acordaba a veces de ellos y los invitaba a una fiesta, a una inauguración o incluso al estreno de una película. La primera vez que Julian Treslove fue al magnífico apartamento de Libor en Portland Place y oyó tocar a Malkie el *Impromptu* de Schubert, Opus 90, número 3, lloró como un niño.

Desde aquel entonces, la aflicción había borrado sus diferencias de edad y profesión, y había reavivado su afecto. La aflicción —una cruel aflicción— era el motivo de que ahora se vieran mucho más de lo que se habían visto durante treinta años.

Con sus mujeres ausentes, podían volver a ser jóvenes otra vez.

Por «ausentes», en el caso de Treslove, debía entenderse que habían hecho las maletas o encontrado a alguien menos exigente desde el punto de vista emocional; o que no se habían cruzado aún en su camino —el de Treslove— en las calles peligrosas, desbaratando su tranquilidad de espíritu.

4

Después de la cena, Julian había caminado a solas hasta la verja de Regent's Park y había mirado hacia el interior. Finkler se había ofrecido a llevarlo, pero él rechazó la invitación. No quería hundirse en el cuero mullido del gran Mercedes negro de Sam y notar cómo la envidia le calentaba el trasero. A él nunca le habían gustado los coches, pero sentía celos del Mercedes de Sam y del chofer que contrataba algunas noches, cuando sabía que acabaría borracho. ¿Qué lógica tenía aquello?